

La Hispania romana

Prof. Mag. Miguel Afonso Linhares

Sumario

Cartago y Roma

La Primera Guerra Púnica

La Segunda Guerra Púnica

La provincia de Hispania

Las Guerras Celtíberas y Lusitanas

Las Guerras Cántabras

La división de Hispania

La administración de Hispania

El derecho romano

La urbanización de Hispania

Las obras civiles

Romanización × latinización

El léxico latino de origen indoeuropeo

Las relaciones lexicales del latín con las demás lenguas indoeuropeas

El léxico latino de origen preindoeuropeo, itálico y etrusco

El helenismo

El helenismo en el léxico latino culto

El helenismo en el léxico latino cristiano

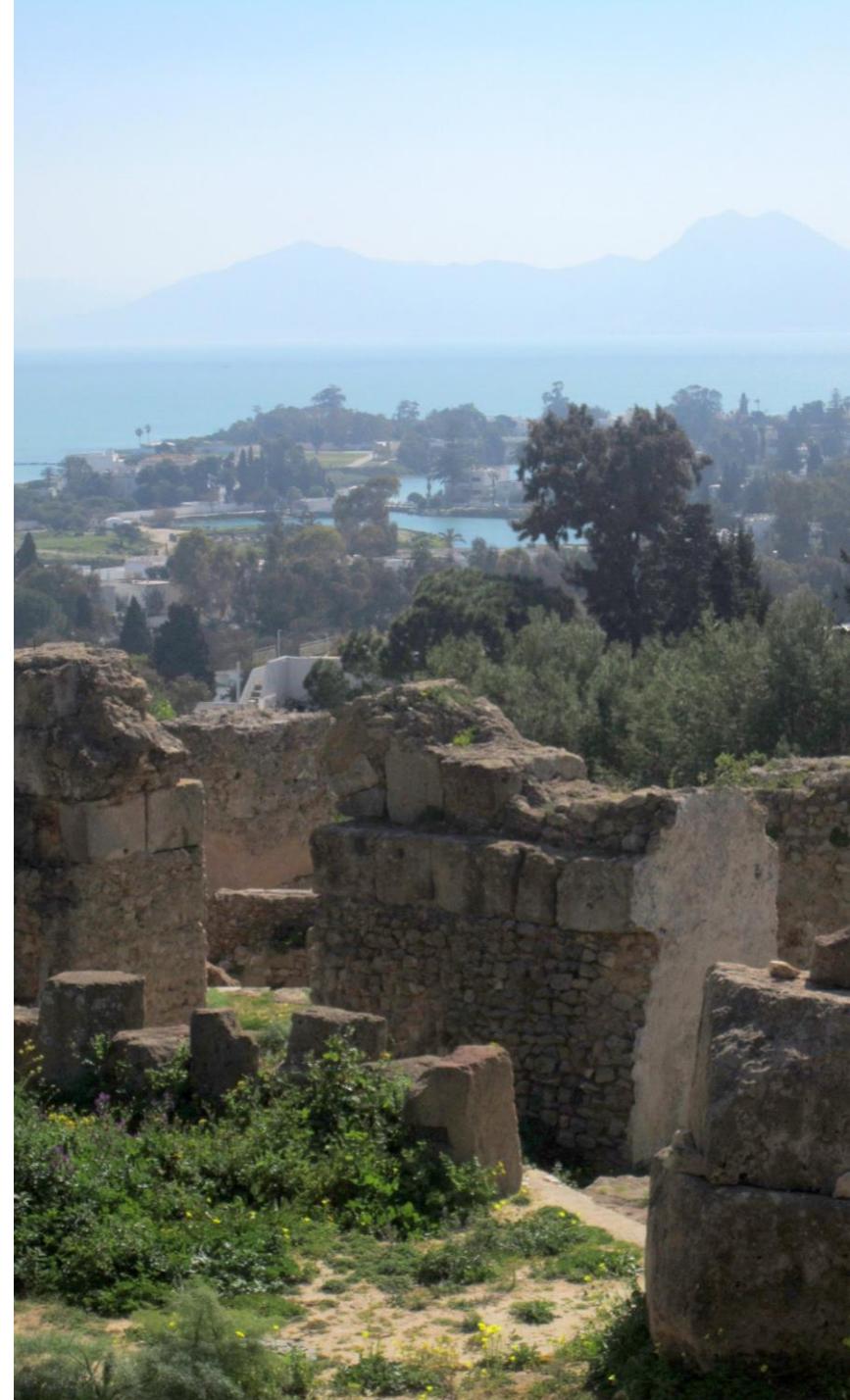


Cartago y Roma

El estudio de la Iberia prerromana termina en el momento en que los cartagineses dominaban el comercio en el Mediterráneo occidental.

Cartago (cerca de la actual Túnez) fue fundada por los fenicios en 814 a. C. Tras la conquista de Fenicia por los persas en 539 a. C., se convirtió en el estado fenicio hegemónico, definitivamente consolidado en la batalla contra los griegos de Alalia (hoy Aléria) en 537 a. C.

Al mismo tiempo, Roma, originariamente una ciudad latina fundada en 753 a. C., se extendió por toda la península Itálica, conquistando sucesivamente a los demás latinos (493 y 338 a. C.), etruscos (295 a. C.), samnitas (293 a. C.) y la Magna Grecia (272 a. C.).



La Primera Guerra Púnica

En 264 a. C., los mamertinos, mercenarios itálicos que se habían señoreado de la colonia griega de Messene (hoy Messina), acudieron a Cartago y Roma contra el tirano de Siracusa, otra colonia griega, pero había un tratado entre cartagineses y romanos según el cual estos no intervendrían en Sicilia, así que la aceptación del pedido resultó en guerra: la Primera Guerra Púnica (*Pūnīcus* < *Phoînix* 'fenicio'), que duró hasta 241 a. C.

La Primera Guerra Púnica concluyó con la victoria de Roma sobre Cartago, que hubo de aceptar pesadísimas condiciones para hacer la paz, las cuales acabaron abocando a las dos potencias a la reanudación del conflicto: la Segunda Guerra Púnica.

Otra consecuencia es que la isla de Sicilia se convirtió en la primera provincia romana, gobernada por un procónsul elegido por el senado, modelo de administración para las conquistas ulteriores.



La Segunda Guerra Púnica

Las condiciones de rendición impuestas al fin de la Primera Guerra Púnica llevaron al general Amílcar Barca a emprender la conquista del territorio rico en metales que había permanecido bajo la influencia cartaginesa: Iberia.

Desde 236 a. C., Amílcar, seguido de su yerno, Asdrúbal, y su hijo, Aníbal, avanzaron desde Gádir (hoy Cádiz) hasta el territorio de los vacceos.

En 219 a. C., Aníbal conquistó Arse (hoy Sagunto), ciudad edetana aliada a Roma, que declaró, entonces, la guerra a Cartago: la Segunda Guerra Púnica.

En 218 a. C., empezó la conquista romana de Iberia, cuando el general Cneo Cornelio Escipión desembarcó en Emporion (cerca de la actual Sant Martí d'Empúries), mientras Aníbal atravesaba los Alpes hacia Italia.



La provincia de Hispania

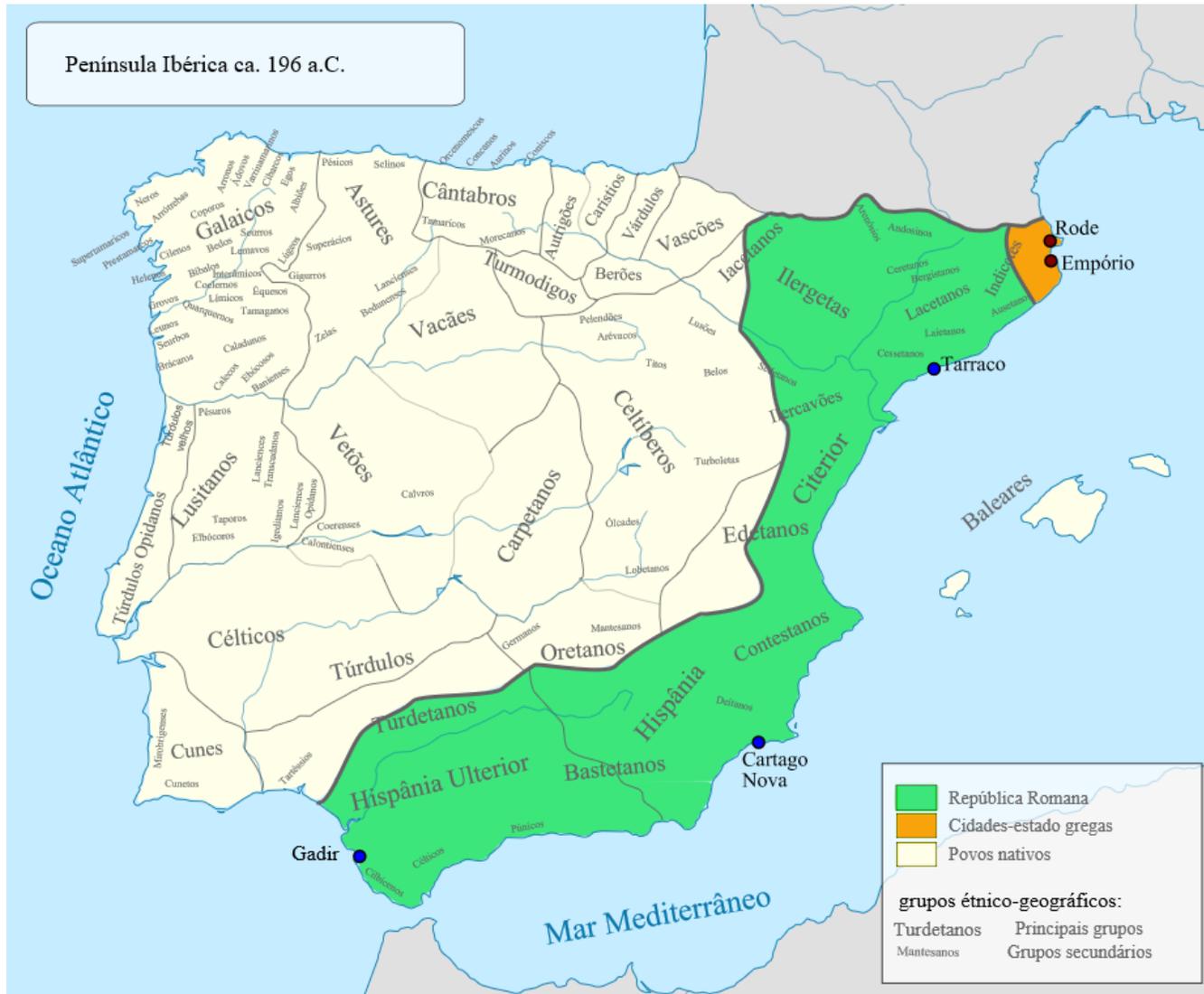
En 212 a. C., Cneo Cornelio Escipión y su hermano, Publio, habían avanzado hasta Arse (Sagunto), pero perecieron ante Asdrúbal y Magón, hermanos de Aníbal. Sin embargo, entre 209 y 206 a. C., el hijo de Publio, también Publio, logró derrotar todas las fuerzas cartaginesas en la península.

La guerra en Italia prosiguió hasta 203 a. C., cuando Aníbal fue forzado a socorrer a la ciudad de Cartago, amenazada por Escipión. Este venció a Aníbal en la Batalla de Zama, en 202 a. C., fin de la Segunda Guerra Púnica.

Todo el territorio de los pueblos íberos al sur de los Pirineos hasta la Turdetania fue reducido en provincia romana: la provincia de Hispania, la tercera del dominio romano, tras Sicilia y Cerdeña y Córcega.

En 197 a. C., esta provincia fue dividida en dos: la Hispania Citerior, al norte de Cartago Nova (hoy Cartagena), con capital en Táraco (hoy Tarragona), y la Hispania Ulterior, al sur, con capital en Córdoba (hoy Córdoba).

Península Ibérica ca. 196 a.C.



Las Guerras Celtíberas y Lusitanas

En 195 a. C., el cónsul Marco Porcio Catón derrotó una rebelión de los íberos y extendió el dominio romano hasta la Jacetania.

Desde entonces, los pueblos en la vecindad de la Hispania Citerior, los celtíberos, se aliaron a los romanos, pero se insurgieron en tres ocasiones, conocidas como Guerras Celtíberas: 181-179, 154-152 y 143-133 a. C.

En cambio, la relación con los lusitanos siempre fueron tensas, entre revueltas y treguas, ya desde 194 a. C., y evolucionaron a una guerra en 155 a. C.

Los lusitanos permanecieron invictos hasta la traición contra su caudillo, Viriato, en 139 a. C., y los celtíberos tuvieron que rendirse definitivamente tras la toma de Numancia, su ciudad más fuerte, por el general Publio Cornelio Escipión Emiliano en 133 a. C.

Península Ibérica ca. 100 a.C.



Las Guerras Cántabras

Sea por conquista sea por alianzas, en mediados del siglo I a. C. solamente los pueblos que vivían entre la cordillera Cantábrica y la costa permanecían libres del dominio romano: los cántabros y astures. En 29 a. C., una revuelta de los vacceos apoyados por los cántabros y astures estalló la guerra.

En 27 a. C., César Augusto dividió la Hispania Ulterior en dos provincias: la Bética (así nombrada por el río Betis, hoy Guadalquivir), hasta el río Anas (hoy Guadiana), y la Lusitania, más allá, con capital en Emérita Augusta (hoy Mérida). La Hispania Ulterior pasó a denominarse Tarraconense, por su capital, la ciudad de Tárraco (hoy Tarragona).

La reforma de Augusto preservó las provincias pacatas bajo la autoridad del Senado (*prōuincīae Popŭlī Rōmānī*), como la Bética, pero sometió las no pacatas y más estratégicas a su potestad (*prōuincīae Caesāris*), como la Lusitania y Tarraconense.

Como Cantabria formaba parte de la provincia Tarraconense, el mismo Augusto asumió el comando de la guerra, que se extendió hasta 19 a. C., completando, así, la conquista de la península, casi dos siglos después de su inicio.



La división de Hispania

Como se ha visto, desde el inicio de su dominio, los romanos dividieron la península para mejor administrar su amplitud territorial y diversidad de gentes y recursos:

En 197 a. C.:

Hispania Citerior, con capital en Táraco;

Hispania Ulterior, con capital en Córdoba.

En 26 a. C., bajo Augusto:

Hispania Tarraconense, con capital en Táraco;

Hispania Bética, con capital en Córdoba;

Lusitania, con capital en Emérita Augusta.

En 17 a. C., bajo Augusto, el límite septentrional de la Lusitania se fijó en el río Durio (hoy Duero), así que la Gallaecia y Asturia pasaron a formar parte de la Tarraconense.

En 293 d. C., bajo Diocleciano:

Diócesis de las Hispanias, subordinada a la **prefectura del pretorio de las Galias**:

Hispania Tarraconense, con capital en Táraco;

Hispania Cartaginense, con capital en Cartago Nova;

Hispania Bética, con capital en Córdoba;

Lusitania, con capital en Emérita Augusta;

Gallaecia, con capital en Bracara Augusta (hoy Braga).



La administración de Hispania

Tanto la Hispania Citerior como la Ulterior eran gobernadas por sendos procónsules, que ejercían la máxima autoridad, con arreglo a la Ley, auxiliados en lo financiero por los cuestores.

Después de las reformas de Augusto, este ordenamiento se preservó en la Bética, provincia senatoria, mientras la Tarraconense y la Lusitania, provincias imperiales, fueron entregadas a *lēgātī Augustī prō praetōrēs*, nombrados por el emperador, salvo sus finanzas, administradas por los *prōcūrātōrēs Augustī*.

Finalmente, Diocleciano y Constantino (318-325) repartieron las funciones de los gobernadores provinciales, desde entonces dichos *consulārēs* (Bética, Lusitania y Galesia) o *praesīdēs* (Tarraconense, Cartaginense y Baleares), entre los vicarios (las Hispanias tenían uno) y los prefectos de los pretorios (el prefecto del pretorio de las Galias, en el caso de la diócesis de las Hispanias), todos despojados de mando militar, que en la península pertenecía a un *comes*.

El derecho romano

Los romanos no fueron el primer pueblo que fundó colonias para expandir y firmar su poderío. Fenicios y griegos son ejemplos de pueblos colonizadores. Pero, a diferencia de ellos, los romanos usaron un instrumento de dominación que sería uno de sus principales legados a la civilización occidental: el derecho.

El primer pueblo que los romanos conquistaron fue el suyo: los latinos, a quienes concedieron una forma reducida del *iūs cīuitātis*, el derecho de la ciudadanía romana: el *iūs latīnum*, *latīum* o *Latīi*, es decir, “derecho latino” o “del Lacio”, que aseguraba el amparo de la ley al casamiento (*iūs conūbīi*), comercio (*iūs commercīi*) y migración con la obtención de la ciudadanía local (*iūs migrandī*). Más tarde, a mediados del siglo II a. C., este último dio lugar al *iūs cīuitātis per honōrem adipiscendae*: el alcance de la ciudadanía romana por el ejercicio de una magistratura.

El derecho latino fue usado por los romanos para regir la adhesión de los pueblos que conquistaba y comunidades nuevas a la identidad romana:

90-89 a. C.: Las Leyes Julia y Plautia Papiria extendieron la ciudadanía romana a toda Italia y la Ley Pompeya concedió el derecho latino a la Galia Cisalpina;

49 a. C.: la Ley Roscia extendió la ciudadanía romana a la Galia Cisalpina;

74: por edicto del emperador Vespasiano, se extendió el derecho latino a toda Hispania;

212: por constitución del emperador Caracalla, se extendió la ciudadanía romana a todos los habitantes libres del Imperio.

La urbanización de Hispania

Roma fue fundada y se constituyó como ciudad-Estado. Toda la estructura de conquista y dominación dependía de una urbanización mínima: la elección de las magistraturas, el reclutamiento de tropas, la recaudación de impuestos etc.

En el momento de la conquista, la mayoría de pueblos hispánicos tenía una organización tribal. Ello explica el fomento de la urbanización por parte de los romanos, que culminó con el edicto de Vespasiano sobre la extensión del derecho latino a toda la península y permitió la elevación de varias comunidades a municipios.

El municipio (*municipium*) era una comunidad de ciudadanos romanos o de derecho latino dotada de estatuto propio, mientras la colonia (*colonia*), también de ciudadanos romanos o de derecho latino, obedecía a las leyes romanas.

En cambio, las comunidades de extranjeros (*peregrini*) bajo el dominio romano tenían tres condiciones:

Ciuitatēs liberae: comunidades libres, que mantenían su propia constitución;

ciuitatēs foederatae: comunidades federadas, cuyas relaciones con Roma se regían por un tratado (*foedus*);

ciuitatēs stipendiariae: comunidades sometidas bajo un *stipendium* (impuesto).

Colonias romanas en Hispania hasta el imperio de César

Colōniā Lībertīnōrum Cartēia (171 a. C.), cerca de la actual San Roque (Andalucía)

Colōniā Valentīa Edētānōrum (138 a. C.), hoy Valencia (Comunidad Valenciana)

Colōniā Metellīnēnsis (71 a. C.), hoy Medellín (Extremadura)

Colōniā Pātricīa Cordūba (46/45 a. C., fundada en 152 a. C.), hoy Córdoba (Andalucía)

Colōniā Iūliā V̄rbs Triumphālis Tarrācō (45 a. C., fundada en 218 a. C.), hoy Tarragona (Cataluña)

Colōniā Iūliā Rōmūla Hispālis (45 a. C.), hoy Sevilla (Andalucía)

Colōniā Clārītās Iūliā Vcūbis (45 a. C.), cerca de la actual Espejo (Andalucía)

Colōniā Genetīua Iūliā Vrsō (44 a. C.), hoy Osuna (Andalucía)

Colōniā Asta Rēgīa (gobierno de César), cerca de la actual Jerez de la Frontera (Andalucía)

Colonias romanas en Hispania durante el imperio de Augusto

Colōniā V̄rbs Iūliā Noua Carthāgō (42 a. C., tomada en 206 a. C.), hoy Cartagena (Murcia)

Colōniā Iūliā Gemella Accī (42 a. C.), hoy Guadix (Andalucía)

Colōniā Iūliā Trāducta (antes de 27 a. C.), hoy Algeciras (Andalucía)

Colōniā Pāx Iūliā (antes de 27 a. C.), hoy Beja (Portugal)

Colōniā Scalabītāna (antes de 27 a. C.), hoy Santarém (Portugal)

Colōniā Iptūcī Virtūs Iūliā (tal vez antes de 27 a. C.), cerca de la actual Prado del Rey (Andalucía)

Colōniā Iūliā Ilīcī Augusta (26 a. C.), hoy Elche (Comunidad Valenciana)

Colōniā Augusta Ēmerīta (25 a. C.), hoy Mérida (Extremadura)

Colonias romanas en Hispania durante el imperio de Augusto (continuación)

Colōniā Norba Caesarīna (24 a. C.), hoy Cáceres (Extremadura)

Colōniā Caesar Augusta (19 a. C.), hoy Zaragoza (Aragón)

Colōniā Iūliā Faurantia Paterna Barcinō (15-10 a. C.), hoy Barcelona (Cataluña)

Colōniā Augusta Gemella Tuccī (15-14 a. C.), hoy Martos (Andalucía)

Colōniā Augusta Firma Astigī (14 a. C.), hoy Écija (Andalucía)

Colōniā Caesarīna Augusta Asīdō (fines del siglo I a. C.), hoy Medina-Sidonia (Andalucía)

Colōniā Libisōsa Forum Augustāna (imperio de Augusto), hoy Lezuza (Castilla-La Mancha)

Colōniā Salāriā (imperio de Augusto), cerca de la actual Úbeda (Andalucía)

Colonias romanas en Hispania posteriores a Augusto

Colōniā Iūliā Augusta Dertōsa (imperio de Tiberio), hoy Tortosa (Cataluña)

Colōniā Clūniā Sulpiciā (68-69 d. C.), cerca de la actual Coruña del Conde (Castilla y León)

Colōniā Flāuiobrīga (71 d. C.), hoy Castro Urdiales (Cantabria)

Colōniā Aeliā Augusta Vrbs Italica (imperio de Adriano, fundada en 205 a. C.), hoy Santiponce (Andalucía)

Las obras civiles

Para asegurar las conquistas, el estado romano o sus agentes llevaban a cabo una serie de obras civiles en las provincias, que favorecían la romanización de la población nativa, pues si las generaciones que habían vivido la conquista detenían la memoria de la violencia, las posteriores acababan encarando estas obras como beneficios del dominio romano.

Los romanos edificaban:

Calzadas, como la Vía Augusta, desde Gades (hoy Cádiz) hasta Narbo (hoy Narbona);

puentes, como los de Emérita Augusta, Córdoba y Alcántara;

arcos, como los de Berà y Occilis (hoy Medinaceli);

acueductos, como los de Les Ferreres, los Milagros y Segovia;

foros, como los restos del foro colonial de Tárraco;

templos, como el de Diana en Emérita Augusta y el de Córdoba;

circos, como los de Emérita Augusta y Tárraco;

teatros, como los de Itálica, Emérita Augusta y Cartago Nova;

anfiteatros, como los de Emérita Augusta, Tárraco e Itálica;

termas, como las de Cesaraugusta y Clunia.

villas, por todo el territorio.



Calzada romana
de la Fuenfría (Madrid)



Puente de Alcántara
(Extremadura)



Arco de Berà (Cataluña)



Acueducto de Segovia
(Castilla y León)



Foro colonial
de Tarragona (Cataluña)



Templo romano
de Córdoba (Andalucía)



Circo de Tarragona
(Cataluña)



Teatro de Mérida (Extremadura)



Anfiteatro de Itálica (Andalucía)



Termas de Zaragoza
(Aragón)



Mosaico de la Villa
Fortunatus (Aragón)

Romanización × latinización

Tras el Edicto de Caracalla, en 212, la ciudadanía romana transitó cada vez más de un estatuto jurídico privilegiado a una condición política común: el habitante libre del mundo romano.

Al mismo tiempo, las lenguas de este espacio se reducían cada vez más a dos: el latín en occidente y el griego en oriente.

Por tanto, conviene distinguir *romanización* y *latinización*, porque el latín no era la lengua nativa de todos los romanos:

Romanización: Es la adhesión a la identidad romana;

latinización: es la sustitución de las lenguas nativas por el latín.

El léxico latino de origen indoeuropeo

La mayor parte del léxico básico del latín viene del protoindoeuropeo, por esto está compartido con otras lenguas indoeuropeas (ilustradas a continuación por dos otras clásicas: el griego y el sánscrito):

Pronombres como *egō* (< *éǵ > *egṓ*, *ahám*), *tū* (< *tú > *sý*, *tvám*) y *quis* (< *k^wís > *tís*, *ká*);

números como *ūnus* (< *óynos > *oîos*, *éka*), *duo* (< *dwó > *dýo*, *dvá*), *trēs* (< *tréyes > *treîs*, *trí*), *quattuor* (< *k^wetwóres > *téssares*, *cátur*) y *quīnque* (< *pénk^we > *pénte*, *páñcan*);

adjetivos como *albus* (< *elb^hós > *alphós*, *ṛbhú*), *brevis* (< *mrég^hus > *brakhýs*, *múhur*), *dexter* (< *deks- > *dexiós*, *dákṣina*), *gravis* (< *g^wréus > *barýs*, *gurú*), *heluus* (< *ǵ^hel- > *khlōrós*, *hári*), *magnus* (< *méǵs > *mégas*, *mahá*), *nouus* (< *néwos > *néos*, *náva*), *plēnus* (< *ple- > *plérēs*, *pūrṇá*), *ruber* (< *rud^hrós > *erythrós*, *rudhirá*) y *suāuis* (< *swédus > *hédýs*, *svādú*);

El léxico latino de origen indoeuropeo

sustantivos relativos al parentesco como *māter* (< **mētēr* > *mētēr*, *mātr*), *pater* (< **ptēr* > *patēr*, *pitr̥*) y *nōmen* (< **nóm̥n̥* > *ónoma*, *nāman*);

a los animales como *avis* (< **éwis* > *āetós*, *vī*), *canis* (< **kwō* > *kýōn*, *śván*), *cornū* (< **ker-* > *kéras*, *śr̥ngá*), *penna* (< **pétr̥* > *pterón*, *pátra*) y *serpēns* (< **serp-* > *herpetón*, *sarpá*);

al cuerpo humano como *cor* (< **kér* > *kardía*, *hřd*), *cruor* (< **kréws* > *kréas*, *kravís*), *dēns* (< **dónts* > *odoús*, *dát*), *genū* (< **gónu* > *góny*, *jānu*), *iecur* (< **yék^wr̥* > *hêpar*, *yákr̥t*), *ocūlus* (< **ek^w-* > *óps*, *ákṣi*), *os* (< **ést* > *ostéon*, *ásthi*), *pēs* (< **pōds* > *poús*, *pád*), *sanguis* (< **ésr̥* > *éar*, *ásr̥j*) y *unguis* (< **neg^h-* > *ónyx*, *nakhá*);

a la naturaleza como *ager* (< **égros* > *agrós*, *ájra*), *diēs* (< **dyéws* > *Zeús*, *dyú*), *fūmus* (< **d^humós* > *thýmós*, *dhūmá*), *humus* (< **d^hég^hōm* > *khthōn*, *kṣám*), *nebūla* (< **néb^hos* > *néphos*, *nábhas*), *nix* (< **sneyg^wh-* > *nípha*, *snéha*), *nox* (< **nók^wts* > *nýx*, *nákti*), *sōl* (< **sówl* > *hélios*, *svár*), *stēlla* (< **stēr* > *astēr*, *stř*) y *uentus* (< **wénts* > *aeís*, *vāta*);

El léxico latino de origen indoeuropeo

verbos como *bibō* (< *pe- > *pínō*, *píbatī*), *dīcō* (< *deyk- > *deíknȳmi*, *diśátī*), *dō* (< *dédeti > *dídōmi*, *dádātī*), *edō* (< *édti > *édō*, *átī*), *nō* (< *(s)néti > *néō*, *snátī*), *sedĕō* (< *sed- > *hézomai*, *sídātī*), *spuō* (< *(s)ptyēw- > *ptýō*, *ṣṭhívātī*), *stō* (< *ste- > *hístēmi*, *tíṣṭhātī*), *tenĕō* (< *ten- > *teínō*, *tanótī*), *ueniō* (< *g^wem- > *baínō*, *gácchātī*), *uidĕō* (< *weyd- > *eídō*, *vétti*), *uīuō* (< *g^wíweti > *zô*, *jívātī*), *uolō* (< *wel- > *éldomai*, *vṛṇótī*), *uomō* (< *wem- > *eméō*, *vámātī*) y *ūrō* (< *ews- > *heúō*, *óṣātī*);

nexos como *et* (< *éti > *éti*, *átī*) y *-que* (< *-k^we > *te*, *-ca*).

Las relaciones lexicales del latín con las demás lenguas indoeuropeas

Dentro de la “familia” indoeuropea, un conjunto de palabras compartidas con el sánscrito, pero ausentes en griego, demuestran que el latín es una lengua “periférica”: *amnis* (< *ep-* > *áp*), *caput* (< **káput-/ *kapōlo-* > *kapāla*), *ignis* (< **ṅ^wnís* > > *agní*), *is* (< **éy* > *ayám*), *lingua* (< **dṅ^hwés* > *jihvā*), *morior* (< **mer-* > *márati*), *nāsus* (< **nés-* > *nás*), *nē* (< **ne* > *na*), *ōs* (< **éos* > *ās*), *rēx* (< **rēgs* > *rāj*), *rota* (< *ret-* > *rātha*), *suō* (< **syu-* > *sīvyati*), *tenēbrae* (< **tem-* > *tāmas*), *uertō* (< **wértti* > *vártti*), *uir* (< **wirós* > *vīrá*).

Un conjunto más reducido, del que no participan ni el griego ni el sánscrito, e ilustrado a continuación por el inglés, muestra el latín como lengua “occidental”: *ad* (< **éd* > *at*), *gelū* (< **gel-* > *cold*), *longus* (< **dlong^hos* > *long*), *mare* (< **móri* > *mere*), *piscis* (< **peysk-* > *fish*).

El léxico latino de origen preindoeuropeo, itálico y etrusco

Al léxico básico de origen indoeuropeo se sumaron las muchas voces que los romanos tomaron a los pueblos que conquistaron, el primero de los cuales fue aquel que vivía en el Lacio antes de las migraciones indoeuropeas, al que se atribuyen palabras como *auēna*, *catēna*, *cēra*, *eruum*, *fīcus*, *fungus*, *gubernō*, *mūlus*, *pirum* y *racēmus*.

Después, algunas palabras tomadas a los parientes de lengua osca y umbra, como *bitūmen*, *bōs*, *brūtus*, *lupus* y *ursus*. Por las formas protoindoeuropeas (respectivamente **g^wétu*, **g^wōs*, **g^wreutos*, **wĺk^wos* y **ítkos*), se sabe que en latín habrían sido **uitūmen*, **uōs*, **grūtus*, **luquus* y **orsus*. Otras no llegaron a suplantarse las formas vernáculas, así que al lado de *furnus*, *pōmex*, *popīna*, *rūfus* y *sulfur* había *fornus*, *pūmex*, *coquīna*, *ruber* y *sulpur*.

Los etruscos, que influyeron fuertemente en los inicios de Roma, no solo legaron palabras propias de su lengua, como *as*, *autumnus*, *harēna*, *fenestra*, *histrīō*, *merx*, *popūlus*, *titūlus*, *tīna* y *spurius*, también los primeros helenismos del latín, como *citrus* (< *kédros*), *fōrma* (< **morma* < *morphé*), *olīua* (< *eleiua* < *elaía*), *persōna* (< *phersu* < *prósōpon*), *triumphus* (< *thriampe* < *thríambos*).

El helenismo

El influjo helénico es, de hecho, incomparable. A partir de la conquista de la Magna Grecia, los romanos aprendieron y conocieron por medio de la lengua griega el mundo que había más allá de la vida pastoril en el Lacio:

voces relativas a **vegetales y derivados** como *amygdāla* (< *amygdálē*), *canna* (< *kánna*), *castanĕa* (< *kastáneia*), *cerāsus* (< *kerasós*) y *olĕum* (< *élaion*);

a **animales marinos o exóticos** como *ballaena* (< *phállaina*), *leō* (< *léōn*), *ostrĕum* (< *óstreon*), *polŷpus* (< *polŷpous*) y *spongĭa* (< *spongía*);

a la **navegación** como *ancōra* (< *ánkyra*), *nauta* (< *naútēs*), *periplūs* (< *períplous*), *pīrāta* (< *peirātēs*) y *prōra* (< *prôira*);

al **almacenaje y comercio** como *amphōra* (< *amphoreús*), *argilla* (< *árgillos*), *apothēca* (< *apothékē*), *basilĭca* (< *basilikē*), *bursa* (< *bŷrsa*), *cista* (< *kístē*), *emporĭum* (< *empórion*), *saccus* (< *sákkos*), *talentum* (< *tálanton*) y *thĕsaurus* (< *thĕsaurós*);

a **materiales** como *gypsum* (< *gŷpsos*), *marmor* (< *mármaros*), *metallum* (< *métallon*), *petra* (< *pétra*) y *stuppa* (< *stŷppē*);

El helenismo

a **construcciones civiles** como *balnĕum* (< *balaneîon*), *camĕra* (< *kamárā*), *circus* (< *kírkos*), *platĕa* (< *plateîa*) y *turris* (< *týrrhis*);

a **tecnologías** como *catapulta* (< *katapéltēs*), *horologiũm* (< *hōrológion*), *lampas* (< *lampás*), *lanterna* (< *lamptĕr*) y *māchīna* (< *mākhanā*);

a la **escritura** como *calāmus* (< *kálamos*), *charta* (< *khártēs*), *epistōla* (< *epistolĕ*), *papȳrus* (< *pápyros*) y *schola* (< *skholĕ*);

a la **música** (*mūsīca* < *mousikĕ*), la **poesía** (*poēsis* < *poiēsis*) y el **teatro** (*theatrum* < *théatron*) como *chorda* (< *khordĕ*), *chorus* (< *chorós*), *cōmoediā* (< *kōmōidíā*), *drāma* (< *drâma*), *elegīa* (< *elegeía*), *harmonīa* (< *harmoníā*), *hymnus* (< *hýmnos*), *iambus* (< *íambos*), *lyra* (< *lýra*), *melōdīa* (< *melōidíā*), *metrum* (< *métron*), *ōda* (< *ōidĕ*), *orchēstra* (< *orkhĕstra*), *orgānum* (< *órganon*), *rhythmus* (< *rhythμός*), *scaena* (< *skĕnĕ*), *strophā* (< *strophĕ*), *symphōnīa* (< *symphōnīā*), *tonus* (< *tónos*), *tragoediā* (< *tragōidíā*).

El helenismo en el léxico latino culto

Efectivamente, todo el léxico latino relativo a estudios fue traducido del griego o se constituye de helenismos:

Grammatica (< *grammatiké*) y **rhētorica** (< *rhētoriké*): *diphthongus* (< *díphthongos*), *epicoenon* (< *epíkoinon*), *syllaba* (< *syllabé*), *synōnymum* (< *synónymon*), *syntaxis* (< *sýntaxis*), las denominaciones de todos los “vicios”, metaplasmos (< *metaplasmi* < *metaplasmoí*), figuras (*schēmata* < *schémata*) y tropos (< *tropī* < *trópoi*);

logica (< *logiké*): *analysis* (< *análysis*), *antinomia* (< *antinomiā*), *axioma* (< *axióma*), *catēgoria* (< *katēgoriā*), *dialectica* (< *dialektiké*), *paradoxus* (< *parádoxos*), *sylogismus* (< *sylogismós*), *symbolum* (< *sýmbolon*), *synthesis* (< *sýnthesis*) y *theōrema* (< *theōrema*).

arithmētica (< *arithmētiké*) y **geōmetria** (< *geōmetriā*): *cubus* (< *kýbos*), *pýramis* (< *pýramís*), *polygonum* (< *polýgōnon*), *symmetria* (< *symmetriā*) y *trapezium* (< *trapézion*);

astronomia (< *astronomiā*): *aethēr* (< *aithér*), *astrum* (< *ástron*), *comētēs* (< *komētēs*), *cyclus* (< *kýklos*), *eclipsis* (< *ékleipsis*), *galaxiās* (< *galaxiās*), *planētae* (< *planētēs*), *polus* (< *pólos*), *sphaera* (< *sphaîra*) y *zōdiacus* (< *zōidiakós*).

El helenismo en el léxico latino cristiano

Finalmente, el léxico latino cristiano muestra notable influencia helénica porque el cristianismo surgió en la parte oriental del Imperio y se expandió primero ahí, donde la lengua dominante era el griego: *anathĕma* (< *anáthema*), *angĕlus* (< *ángelos*), *apostŏlus* (< *apóstolos*), *baptizŏ* (< *baptízō*), *catĕchizŏ* (< *katĕkhízō*), *clĕrĭcus* (< *klĕrikós*), *daemonĭum* (< *daimónion*), *diabŏlus* (< *diábolos*), *diācŏnus* (< *diákonos*), *dioecĕsis* (< *dioíkĕsis*), *ecclĕsia* (< *ekklĕsíā*), *episcŏpus* (< *epískopos*), *eucharistĭa* (< *eukharistĭā*), *ĕuangelĭum* (< *euangélion*), *lāicus* (< *laikós*), *martyr* (< *mártyr*), *monāchus* (< *monakhós*), *paradĭsus* (< *parádeisos*), *presbĭter* (< *presbýteros*) y *prophĕta* (< *prophĕtĕs*).

Lecturas complementarias

Echenique Elizondo y Martínez Alcalde (2005): 1.2.6 Hispania romana.

Lapesa (2008): 9. Romanización de Hispania; 12. Hispania bajo el Imperio; 13. El cristianismo; 14. La decadencia del Imperio.

Quilis (2003): 2.1 La romanización; 2.2 La romanización de Hispania; 2.5.3 Léxico; 2.6 Toponimia latina.